

— No sobrevivió mas que tres años á Gaetano Sfer-
ra, me respondió, y ha muerto religiosa en el convento
de Carmelitas de Mesina.

— ¿Y cuánto tiempo hace, pregunté aun al capitan,
que tuvo lugar todo eso?

— Hace... dijo el capitan repasando su memoria,
hace hoy nueve años, dia por dia, respondió Pietro.

— Así, añadió el piloto, hé aquí nuestra tempestad
que ya se acerca.

— ¡Cómo! ¿Nuestra tempestad?

— Sí, yo no sé cómo es, dijo Pietro; pero desde en-
tonces, siempre que nos ha cogido en el mar el
aniversario de aquel dia, hemos tenido un tiempo de
perros.

— Efectivamente, dijo el capitan, mirando un nu-
barron que avanzaba hácia nosotros viniendo del lado
de Mediodía; ¡por vida de!... es verdad. No debíamos
haber salido de Nápoles hasta mañana.

EL ANIVERSARIO.

Durante la relacion que acabábamos de oír, el tiempo se habia cerrado poco á poco, y el cielo parecia cubier-
to como de un color gris, sobre el que se destacaba por su tinte parduzco mas oscuro la nube que habia llamado la atencion del capitan. De tiempo en tiempo leves ráfagas de viento pasaban, y nuestra vela mayor se habia desplegado para aprovecharlas; porque el viento, viniendo del Este, hubiese sido excelente para conducirnos á Palermo, si se hubiese fijado. Pero bien pronto, sea que aquellas ráfagas fuesen inconstantes, sea que los primeros soplos de un viento contrario nos llegasen del lado de Sicilia, la vela comenzó á chocar contra el mástil de tal modo, que el piloto mandó cargarla. Cuando el tiempo amenazaba, el capitan resignaba al punto, segun creo haber dicho ya, sus poderes entre las manos del abuelo Nunzio, y se trasformaba en el primero y mas dócil de los marineros. Así, á la orden imperiosa dada por el piloto de desembarazar el puente, el capitan fué el mas activo en obedecer, encerrando nuestra mesa, y ayudando á Jadin á meter en el cama-

rote su taburete y sus cartones. Por lo demás el retrato estaba concluido, y con el mas exacto parecido, lo que habia compensado al capitán con un sentimiento de placer la impresion dolorosa que le habia causado el recuerdo que le habiamos obligado á traerle á la memoria.

Sin embargo, el tiempo empeoraba cada vez mas, y la atmósfera ofreció todas las señales de una tempestad próxima. Sin que estuviesen advertidos en lo mas mínimo del peligro que nos amenazaba, nuestros marineros, para quienes habia llegado la hora de dormir, estaban despiertos como por instinto, y salian unos despues de otros á observar, por la escotilla de proa; despues se colocaban silenciosamente sobre el puente, guiñando los ojos, y haciendo con la cabeza una señal que queria decir: — Bueno, esto se va animando; — y silenciosos siempre, unos se subian las mangas y otros se quitaban las camisas. Solo Filippo permanecia sentado sobre la baranda de la escotilla, colgando las piernas en el entrepunte, la cabeza apoyada sobre su mano, mirando al cielo con su rostro impassible, y silbando segun su costumbre el aire de la tarantela. Pero, esta vez, Pietro oía serio el aire inquitador, y aun parece que la monótona melodía chocaba como intempestiva al abuelo Nunzio; porque subiendo sobre el filarete del buque, sin dejar el timon, asomó su cabeza por encima de nuestra tienda, y dirigiéndose á la tripulacion como si no viese al músico:

— Con permiso de estos señores, dijo quitándose su gorra: ¿quién es el que silba aquí?

— Creo que soy yo, abuelo, respondió Filippo; pero sin fijarme en ello, ¡á fe mia!

— ¡Sea enhorabuena! dijo Nunzio, y desapareció detrás de la tienda. Filippo se calló.

El mar, aunque tranquilo, cambiaba visiblemente de color; de un azul de lapislázuli, que tenia una hora antes, se habia vuelto gris ceniciento. Sobre su empañado espejo venian á abrirse anchas burbujas de aire que parecian subir desde las profundidades del agua á su superficie. De cuando en cuando esas ligeras rachas que los marineros llaman patas de gato, rozaban su sombría sábana y dejaban ver tres ó cuatro surcos de espuma, como si una mano invisible le hubiese azotado. Nuestro Speronare, que ya no recibia viento, y que no podian ya los marineros arrastrar con el remo, estaba si no inmóvil, á lo menos estacionado, y se arrastraba balanceado por una vasta marejada que empezaba á dejarse sentir.

Hubo entonces un cuarto de hora de silencio tanto mas solemne, cuanto que la bruma que se extendia á nuestro derredor, habia ido poco á poco haciendo desaparecer de nuestra vista la tierra, y por otra parte, nos hallábamos sobre el puente para luchar con una tempestad que se anunciaba sériamente, no ya contra un navío, sino con una verdadera barca de pescadores. Miraba yo á nuestros hombres, estaban todos sobre el puente, dispuestos á la maniobra y tranquilos; pero con esa tranquilidad que nace de la resolucion y no de la seguridad.

— Capitan, dije al patron acercándome á él, no

olvideis que somos hombres; y si el peligro llega á ser real, decidmelo.

— Estad tranquilo, respondió el capitán.

— ¡Y bien! ¡pobre Milord! dijo Jadin dando á su grueso dogo una palmada amistosa que hubiese muerto á un perro ordinario; vamos, pues, á ver una tempestad mediana: ¿esto os agrada, hem?

Milord respondió con un gruñido sordo y prolongado, que probaba que no era completamente indiferente á la escena que pasaba, y que instintivamente también él presentía el peligro.

— ¡El mistral! exclamó el piloto asomando su cabeza por encima de la tienda.

Al punto todos miraron hácia atrás: se veía, por decirlo así, venir el viento: una línea de espuma se veía en el mar, que comenzaba á encreparse en olas. Los marineros se lanzaron, unos al bauprés, otros al pequeño mástil de en medio, y desplegaron la vela de foque, y otra triangular, cuyo nombre ignoro, pero que me pareció ser equivalente á la vela del palo mayor de un buque. Durante este tiempo el mistral se echó sobre nosotros como un corcel á la carrera, precedido de un silbido que no carecía de cierta cosa imponente. Le sentimos pasar: casi al mismo tiempo nuestro pequeño barco se estremeció, y se hincharon las velas como si fueran á romperse: hundió su proa en la mar, sumergiéndola como una vasta reja de arado, y nos sentimos llevados como una pluma arrojada al viento.

— Pero, dije yo al capitán, me parece que en los temporales, en lugar de presentar mas superficie á la

tempestad, como lo hacemos nosotros, se arrian todas las velas. ¿En qué consiste que nosotros no obramos como se obra generalmente?

— ¡Oh! no estamos todavía en ese caso nosotros, me respondió el capitán: el viento que sopla ahora es bueno, y si le tuviésemos tan solo durante doce horas, con una mas estaríamos lejos; no digo en Palermo, pero sí en Mesina. ¿Teneis mucho interés en ir á Palermo mas bien que á Mesina?

— Yo quiere ir á Sicilia, y eso es todo. ¿Y decís que el viento que tenemos ahora es bueno?

— Excelente; pero por desgracia hay un enemigo mortal, que es el siroco, y como el siroco viene del S. E. y el mistral del N. O., cuando quieran encontrarse de repente va á haber una batalla graciosa. Esperando ese suceso, es preciso siempre aprovecharse de lo que Dios nos envia para caminar lo mas que se pueda.

En efecto, nuestro *Speronare* iba como una flecha, dejando por sus dos costados largos surcos de espuma; el tiempo se cerraba cada vez mas, las nubes parecían desprenderse del cielo y aplanarse sobre el mar, y largas gotas de lluvia comenzaban á caer.

De este modo hicimos en menos de una hora ocho ó diez millas casi; luego se hizo tan fuerte la lluvia, que por mas deseo que tuviésemos de permanecer sobre el puente, nos vimos obligados á entrar en la tienda. Al pasar cerca de la escotilla de popa, vimos á nuestro cochinero que rodaba en medio de una docena de toneles ó barricas, tan completamente insensible como si estu-

viere muerto. Desde que habíamos puesto el pié á bordo, se habia apoderado de él el marco, y no habíamos podido, á la hora de comer, sacar de él otra cosa que lamentos desgarradores sobre la desgracia que habia tenido en embarcarse.

Volvimos á entrar en la tienda, y nos echamos sobre nuestros colchones. Milord estaba tan manso como un cordero, y seguia á su amo con la cola y la cabeza entre sus piernas. Apenas estábamos en la tienda, oimos un gran movimiento sobre el puente, y las palabras *¡burrasca, burrasca!* pronunciadas en alta voz por el piloto, llamaron nuestra atencion. En el mismo momento nuestro buque empezó á moverse de un modo tan extraño, que conocí que el siroco y el mistral se habian chocado al fin, y que los dos antiguos enemigos se batian sobre nosotros. Al mismo tiempo el trueno tomó parte en la funcion, y le oimos retumbar por encima de aquella lucha infernal entre las olas, el viento y nuestros hombres. De repente, y sobresaliendo por encima del ruido de nuestros hombres, del viento, de las olas y del trueno, oimos la voz del piloto gritando con ese acento que exige la obediencia inmediata: *¡ Tutto á basso!* Abajo todo.

El puente rechinaba por los pasos de nuestros marineros, y con sus gritos para excitarse los unos á los otros; pero á pesar de aquella buena voluntad que mostraban, de tal modo se inclinó el *Speronare* á babor, que no pudiendo sostenerme en una inclinacion de 40 á 45°, caí rodando sobre Jadin; conocimos entonces que pasaba algo de extraordinario, y nos precipitamos há-

cia la puerta de la tienda: una ola que acababa directamente de entrar por ella cuando íbamos á salir, nos confirmó en nuestra opinion; nos apoyamos contra la puerta y nos sostuvimos, á pesar de la sacudida. Aunque no eran próximamente sino las cinco ó las seis de la tarde, no se veia nada absolutamente, tan negro estaba el cielo y tan espesa era la lluvia. Llamamos al capitán para saber lo que pasaba; nos respondió con voces confusas; al mismo tiempo el estampido de un trueno horroroso se oyó, el cielo apareció como si se inflamase y rasgase, y vimos á todos nuestros hombres, desde el capitán hasta los grumetes, ocupados en tirar de la vela mayor, cuyas cuerdas mojadas no querian correr por las poleas. Entretanto el buque se inclinaba cada vez mas; íbamos ni mas ni menos que sobre el costado y el extremo de la verga entraba en el agua.

— ¡ Todo abajo, todo abajo! gritaba el piloto con una voz que indicaba que no habia tiempo que perder: todo abajo, ¡ en nombre de Dios!

— ¡ Romped, cortad! exclamó el capitán. Tela hay en Mesina, ¡ pardiez!

En aquel instante vimos volar, por decirlo así, un hombre por encima de nuestras cabezas; aquel hombre, ó mejor, aquella sombra, saltó desde el techo de la tienda al filarete, y desde el filarete á la verga. Entonces se oyó el crujir de una cuerda que se rompe. La vela, antes tirante é inflada, empezó á flotar, y ella misma rompía las ligaduras que la sujetaban á lo largo de la verga: sujeta todavia un instante por la última cuerda que quedaba, flotó como una gran bandera en

el extremo de la verga. Por último, se rompió también aquel último obstáculo, y la vela desapareció como una nube blanca llevada por el viento á las inmensidades del espacio. El Speronare se volvió á poner derecho. Toda la tripulación prorumpió en una exclamación de alegría.

En cuanto al piloto, había vuelto á su puesto, y sentándose en su timon.

— ¡A fe mía! dijo el capitán, acercándose á nosotros, hemos escapado perfectamente; ha habido un instante en que he creído que íbamos á volvernos cabeza abajo; y sin el abuelo, que se encontró allí tan á tiempo, no sé cómo lo hubiéramos pasado.

— Decid, capitán, pregunté, creo que bien ha merecido una botella de vino de Burdeos; ¿os parece que se la hagamos traer?

— Mañana, esta noche no; esta noche ni un solo vaso de vino: necesitamos que tenga la cabeza muy despejada, ya lo veis; Dios es el que nos lanza y este el que nos conduce.

Se aproximó Pietro á nosotros.

— ¿Qué quieres? le preguntó el capitán.

— Por mi parte nada, capitán, nada; solo sí, sin que sea indiscreción, ¿se ha olvidado acaso mandar decir una misa por aquel ánima?

— ¡Silencio! dijo el capitán; lo que debía hacerse se ha hecho: está tranquilo.

— Pues entonces, ¿de qué puede estar quejoso?

— ¡Toma! Pietro, ¿quieres que te diga? replicó el capitán: mientras me quede un maravedí de su maldito

dinero, creo que estaremos así. Por tanto, en llegando á la Pace, llevaré el resto á la iglesia de los jesuitas, y fundaré una renta anual.

— Eso quieren ellos, dijo Jadin.

— ¿Y qué queréis, querido? repliqué yo. No hay medio de no ser supersticioso cuando se halla uno en semejante cáscara de nuez, entre un cielo que arroja fuego, y una mar que muge, y rodeado de vientos en todas direcciones, que no se sabe de dónde vienen. Confieso que estoy como el capitán, dispuesto á mandar también decir una misa por el alma del buen señor Gaetano.

— No os comprometáis demasiado pronto, me dijo Jadin; hé aquí que me parece vuelve la calma.

En efecto, había en aquel momento entre el siroco y el mistral una especie de tregua, de modo que el buque había vuelto á estar un poco más tranquilo, aunque parecía todavía impacientarse como un caballo receloso. El capitán se subió entonces sobre un banco, y por encima del techo de la tienda cambió algunas palabras con el piloto.

— Sí, sí, dijo este, no será malo, aunque no nos durará mucho tiempo el estar en calma. Si, siempre nos hará ganar eso una ó dos millas.

— ¿Qué vamos á hacer? pregunté yo.

— Aprovechar este momento de bonanza para avanzar un poco al remo. ¡Eh, muchachos! continuó, ¡á los remos, á los remos!

Los marineros se lanzaron sobre los palos de virar, que se extendieron por encima de los filaretos como las

patas de un animal gigantesco, y que comenzaron á golpear la mar.

A la primera sacudida comenzó el canto habitual de nuestros marineros ; pero entonces, despues del peligro que acabábamos de correr, me pareció mas dulce y mas melancólico que de costumbre. Es preciso haber oido aquella armonía en semejantes circunstancias y en una noche parecida, para formarse una idea del efecto que produjo sobre nosotros. Aquellos que cantaban de aquel modo entre el peligro pasado y el peligro que le habia de suceder, eran una santa y viva imágen de la fe.

Aquella tregua duró casi media hora. Despues comenzó á caer la lluvia mas espesa, á retumbar el trueno con mas fuerza, á desgarrarse el cielo mas inflamado, y el grito conocido ya de *¡la burrasca, la burrasca!* resonó de nuevo detrás de la tienda. Al punto los marineros arrojaron los palos de virar, los colocaron á lo largo de bordo, y estuvieron preparados á la maniobra.

Tuvimos entonces una nueva repeticion de la escena que ya he referido, menos el episodio de la vela ; pero hubo un suceso que le reemplazó con cierto éxito.

Estábamos en lo mas fuerte de la borrasca, elevándonos ó sepultándonos, virando, revolviéndonos á merced del viento y de las olas, cuando de repente una cabeza monstruosa, desfigurada y fantástica, apareció en la escotilla de popa, absolutamente del mismo modo que sale el diablo por un escotillon de la Opera, y despues de haber exclamado dos ó tres veces : *¡Agua! ¡agua!*

¡agua! se hundió de nuevo en las profundidades de la sentina. Se me figuró reconocer á Giovanni.

Aquella aparicion no habia sido vista únicamente por nosotros, sino por toda la tripulacion. El capitan dijo dos palabras á Pietro, que á su vez desapareció por la escotilla. Volvió á subir con una visible emocion, y aproximándose al capitan :

— Es cierto, murmuró.

El capitan se acercó al instante á nosotros.

— Escuchad, dijo, parece que acaba de hacerse agua en la cala ; si se hace mucha, como no tenemos bombas, estamos en peligro ; no conserveis, pues, de todo lo que teneis encima, sino los pantalones para estar mas á vuestra comodidad, en caso de que os sea preciso tiraros al mar. Entonces agarraos á una tabla, á un tonel, á un remo, á la primera cosa que os venga á la mano. Estamos en la frecuentada ruta de Nápoles á Palermo, pasará algun buque, y nos veremos en salvo, asi lo espero, con un baño de doce ó quince horas.

Y el capitan, suponiendo que estas palabras no tenían necesidad de comentario, y que el peligro reclamaba su presencia, bajó á su vez por la escotilla, mientras que Jadin y yo entramos en la tienda, y proveyéndonos cada uno de un cinto que contenia todo el oro que teníamos, metimos debajo de la tienda levitas, chalecos, botas y camisas.

Cuando volvimos á aparecer sobre cubierta en nuestro traje de nadadores, todos aguardaban silenciosos la vuelta del capitan, y se veia la cabeza del piloto por encima del techo de la tienda, lo que probaba que no

daba menos importancia que los demás á la noticia que el capitán debía traer.

Este subió riendo á carcajadas.

El chorro de agua era causado sencillamente por un tonel de hielo que habíamos sacado nosotros de Nápoles. á fin de tener agua fría todo el viaje, el cual lo habíamos colocado en lo más profundo de la cala; una sacudida le había volcado, el hielo se había deshecho, y aquella agua helada empapando los colchones de nuestro pobre cocinero le había por un momento sacado de su letargo y le había hecho arrojar los gritos que tanto espanto habían causado á toda la tripulación.

Aquella borrasca pasó como la primera. Reapareció un poco la calma, y con ella el canto de nuestros marineros.

Estábamos rendidos; debían ser sobre poco más ó menos las once ó las doce de la noche. Nada habíamos tomado desde por la mañana ni era aquel el momento de hablar de comida. Volvimos á entrar en la tienda, y nos echamos en los colchones. No sé lo que sucedería á Jadin, mas por lo que á mí hace, al cabo de diez minutos estaba dormido.

Me despertó el más espantoso alboroto que he oído jamás en mi vida.

Todos nuestros marineros gritaban al mismo tiempo, y corrían como locos en todas direcciones pasando por el techo de la tienda que crujió bajo sus pies como si fuera á hundirse. Quise salir, pero era tan violento el movimiento que no pude tenerme en pie y llegué hasta la puerta, rodando más bien que andando; me aseguré en ella tan bien, que conseguí tenerme de pie.

-- ¿Qué diablos pasa todavía? pregunté á Jadin que miraba tranquilamente todo aquello, con las manos metidas en sus bolsillos y fumando su pipa.

-- ¡Oh Dios mío! me respondió, nada ó casi nada; es un navío de tres puentes, que á pretexto de que no nos ve, quiere pasarnos por ojo, según parece.

— ¿Dónde está?

— Mirad, me dijo Jadin, extendiendo la mano hacia la popa, allí está.

En efecto, en aquel instante ví ir creciendo en medio del mar en que parecía sumergido el gigante que nos perseguía. Se elevó á la mayor altura de una ola, de suerte que nos dominaba, á la manera que un antiguo castillo domina el llano desde la cumbre de la montaña en que está situado.

Casi en el momento mismo, por un juego de aquella báscula inmensa, nos elevamos nosotros y él descendió hasta el punto de hallarnos al nivel con sus masteleros de juanete. Entonces fué únicamente cuando sin duda nos divisó, porque hizo á su vez un movimiento para desviarse á la derecha, mientras nosotros le hacíamos para separarnos á la izquierda. Le vimos pasar como un fantasma, y desde su bordo nos llegaron estas palabras enviadas por la bocina:

— ¡Buen viaje!

En seguida el navío se lanzó como un caballo á la carrera, se confundió en la oscuridad y desapareció.

— Es el almirante Mollo, dijo el capitán, que va sin duda á Palermo con *El Fernando*; ¡á fe mía! Era

tiempo ya de que nos viese; sin eso hubiéramos pasado un cuarto de hora malo.

— ¿Dónde, pues, estamos ahora, capitán?

— ¡Oh! hemos andado algún camino: estamos en medio de las islas. Mirad por este lado, y de aquí á cinco minutos vereis la llama de Stromboli.

Me volví hácia el lado indicado, y en efecto, aun no habia trascurrido el tiempo fijado por el capitán, cuando ví teñirse el horizonte por una luz rojiza, al paso que oía un ruido parecido al que haria una batería de diez ó doce piezas de artillería disparando alternativamente. Era el volcan de Stromboli.

Fué para nosotros un faro, y podia indicarnos la velocidad con que marchábamos. La primera vez que le distinguí estaba por la parte de proa del buque, á poco le tuvimos á nuestra derecha, y bien pronto ya por la parte de popa. En esto eran las tres de la mañana, y el día comenzó bien pronto á aparecer.

En mi vida he visto espectáculo mas espléndido. Poco á poco habia cesado la tempestad, aunque el mistral continuaba siempre haciéndose sentir. El mar habia vuelto á tomar un color de lapislázuli, y ofrecia la imagen de otros Alpes en accion, con sus valles sombríos, sus peladas montañas y coronadas de una espuma blanca como la nieve. Nuestro Speronare, ligero como una pluma, era arrastrado sobre aquella superficie, elevándose, precipitándose, volviéndose á elevar para descender otra vez con una rapidez espantosa, y al mismo tiempo con una inteligencia suprema. Era que el abuelo Nunzio no habia abandonado el timon, era que en el

momento en que una de aquellas montañas líquidas se levantaba detrás de nosotros y se precipitaba para tragarnos, con un ligero movimiento desviaba el Speronare de lado, y entonces veíamos la montaña, momentáneamente vencida, hervir debajo de nosotros, cogernos despues sobre sus robustas espaldas, y elevarnos hasta su cima, de modo que á la distancia de dos ó tres leguas, á nuestro alrededor volvíamos á ver todos esos picos y todos esos valles. De repente la montaña se aplanaba gimiendo bajo el casco del buque, volvíamos á descender precipitados con un movimiento casi vertical, luego nos hallábamos en el fondo de una sima, ó no veíamos ya sino nuevas olas prontas á tragarnos, y que al contrario, como si hubiesen estado á las órdenes de nuestro viejo piloto, nos volvian á coger sobre sus temblorosas espaldas para elevarnos al cielo.

Dos ó tres horas se pasaron contemplando aquel magnífico espectáculo, en medio del que buscábamos siempre las costas de la Sicilia, de las que debíamos estar cerca, puesto que acabábamos de dejar atrás á Lipari, la antigua Meliganis, y á Stromboli, la antigua Strongyle; pero delante de nosotros se extendia un inmenso velo, como si todo el vapor levantado por el mistral se hubiera condensado para ocultarnos las costas de la antigua Trinaeria. Preguntamos entonces al piloto si navegábamos hácia una isla invisible, y si no habia esperanza de ver desaparecer la nube que nos ocultaba la diosa. Nunzio se volvió hácia el O., levantó la mano por encima de su cabeza, y dirigiéndose á nuestro lado:

— ¿Acaso no teneis hambre? dijo.

— Si tal, respondimos con una sola voz. Hacia veinte horas que no habíamos comido.

— ¡ Y bien ! almorzad ; os prometo la Sicilia para los postres.

— ¿ Viento de Cerdeña ? preguntó el patron.

— Sí, capitan, respondió Nunzio.

— ¿ Entonces estaremos en Mesina hoy ?

— Esta noche, dos horas despues del *Ave Maria*.

— ¿ Con seguridad ? pregunté yo.

— Tan seguro como el Evangelio, dijo Pietro arreglando nuestra mesa. El abuelo lo ha dicho.

Aquel dia no habia medio de pescar. En cambio retorcieron el cuello á dos ó tres pollos, nos prepararon una docena de huevos, subieren dos botellas de vino de Burdeos, é invitamos al capitan á que almorzara. Como este tenia mucha hambre, se hizo menos de rogar que la vispera. Por lo demás, cuando digo que Pietro puso la mesa, habló metafóricamente. Apenas puesta, se volcó, viéndonos precisados á comer de pié asegurándonos en un punto de apoyo, mientras que Giovanni y Pietro tenían los platos. El resto de la tripulacion, arrastrada por nuestro ejemplo, comenzó á hacer otro tanto. Solo Nunzio, siempre en su timon, parecia insensible á la fatiga, al hambre y á la sed.

— Decidme, capitan, pregunté á nuestro convidado, ¿ habrá todavia peligro en mandar una botella de vino al piloto ?

— ¡ Hum ! dijo el capitan mirando á su alrededor, la mar está todavia muy gruesa, en un instante puede introducirse una ola en el buque.

— ¿ Pero un vaso, á lo menos ?

— ¡ Oh ! un vaso no hay inconveniente. Toma, dijo el capitan á Peppino que acababa de presentarse ; ven, toma este vaso y llévale al abuelo, sin verterlo, ¿ oyes ?

Peppino desapareció detrás de la tienda, y un instante despues vimos por encima del techo la cabeza del piloto, el cual se limpiaba la boca con su manga, mientras que el muchacho volvia con el vaso vacío.

— Gracias, excelencias, dijo Nunzio. ¡ Hum ! ¡ hum ! gracias. Esto no viene mal, ¿ no es verdad, Vincenzo ?

Apareció otra cabeza.

— Lo cierto es que es bueno, dijo Vincenzo quitándose su gorra, y en seguida desapareció.

— ¡ Cómo ! ¿ son dos ? pregunté.

— ¡ Oh ! cuando hay temporal no se separan jamás ; son antiguos amigos.

— Entonces otro vaso.

— ¿ Otro vaso ? sea, pero será el último.

Peppino llevó á la popa nuestra segunda ofrenda, y al momento vimos una mano que alargaba á Nunzio el vaso escrupulosamente vacío hasta la mitad. Nunzio se quitó su gorra, nos saludó y bebió.

— Ahora, excelencias, dijo volviendo el vaso vacío á Vincenzo, creo que, si quereis volveros del lado de Sicilia, no tardareis en ver algo.

Efectivamente, algunos minutos despues empezamos á sentir ráfagas de viento que partian del lado de Cerdeña, y de las que nos aprovechábamos desplegando una pequeña vela latina que se izaba en el mástil colo-

cado en la proa. Al primer soplo de aquel viento, los vapores que pesaban sobre la mar se elevaron como un humo desprendido de su hogar, y fueron descubriendo gradualmente las costas de la Sicilia y las montañas de Calabria, que al principio parecia que formaban, desde el cabo Blanco hasta la punta de Pizzo, un mismo continente dominado por la cabeza gigantesca del Etna. La tierra fabulosa y mitológica de Ovidio, de Theócrito y de Virgilio, se presentaba en fin á nuestros ojos, y nuestro bajel, como el de Eneas, bogaba hácia ella á toda vela, no ya protegido por Neptuno, el antiguo dios de la mar, sino bajo la proteccion de la Madona, estrella moderna de los marineros.

MESINA LA NOBLE.

Rápidamente nos aproximábamos, devorando con los ojos el horizonte circular que se presentaba á nuestra vista como un vasto anfiteatro. Al medio dia estábamos á la altura del cabo Pelore, así llamado por el nombre del piloto de Anibal. El general africano, que habia hecho huir en Asia á los Romanos que le habian perseguido en Africa, cuando llegó al sitio en que nosotros estábamos, y desde donde es imposible distinguir el estrecho, se creyó vendido y acorralado en una ensenada donde los enemigos iban á bloquearle y prenderle. Anibal era hombre de resoluciones prontas y extremas: se miró la mano: el anillo envenenado que llevaba siempre consigo, no habia abandonado su dedo. Seguro entonces de escapar á la afrenta de la esclavitud por la rapidez de la muerte, quiso que el que le habia vendido fuese á anunciar su llegada á Pluton; y sin concederle las dos horas que pedia para justificarse, le hizo arrojar al mar: dos horas despues conoció su error, y dió el nombre de su víctima al cabo que, prolongándose, le habia impedido ver el estrecho; tardia expiacion que,